

«mi encuentro cón el Che»

En el tercer aniversario de la muerte en Bolivia del «Che» Guevara, el arquitecto Ernesto Guevara Lynch nos ha contado el encuentro con su hijo en La Habana, en enero de 1959, después de seis años de separación. Guevara Lynch tiene hoy setenta años. El relato que transcribimos a continuación está lleno de pequeños detalles y permiten la evocación del hombre que sigue vivo en el recuerdo de América.

Ya en los últimos días de diciembre de 1958 las noticias que llegaban a Buenos Aires eran muy optimistas con respecto al desarrollo de la revolución en Cuba. Los diarios venían con grandes anuncios de las batallas que los guerrilleros habían librado en Fomento, Placetás, Santa Clara, de modo que al terminar el año ya se preveía la inmediata caída de Batista.

Pero sucedió que el mismo día que los periódicos porteños anunciaban la huida de Batista, también venía una terrible noticia para nosotros, anunciando que a Ernesto le habían matado en una batalla o en un ataque. Se puede imaginar cuál era nuestro estado de ánimo. Desde el año 53 no veíamos a Ernesto. Inmediatamente conecté con la persona que en esos momentos representaba al «26 de Julio» en Buenos Aires. Se llamaba Jorge Beruff.

El en seguida se puso al habla por teléfono con Nueva York, y aproximadamente una hora y media después ya sabíamos que la noticia era falsa.

Después seguimos desde Buenos Aires todas las alternativas de la toma de La Habana por las columnas de Ernesto y Cienfuegos. Unos días después llegó la noticia de que nos mandaban un avión para ir a Cuba.

Pero quiero contarles antes un episodio:

EL QUE ESTAS IRRECONOCIBLE SOS VOS. Creo que era el 2 de enero. No recuerdo si fui yo quien llamó a La Habana o fue Ernesto quien llamó a Buenos Aires.

Lo cierto es que, mientras se preparaba la comunicación, se oían voces en inglés, se oían voces en cubano y se oían voces en porteño. Entonces aparece una voz preguntando si era lo de Guevara. Yo le contesté que sí. No conocía aquella voz. De pronto me

dice: «Pues «Che», sos vos viejo, estás irreconocible». «El que estás irreconocible sos vos, que ya no hablas más en argentino, hablas en cubano», le contesté, y nos pusimos a hablar... En fin, en seguida toda mi familia habló con él.

Mientras tanto, el amigo Jorge Masseti —periodista argentino a quien yo le había anunciado que se iba a establecer una comunicación con La Habana— ya estaba en casa con su grabadora, de manera que le dije a Ernesto que Jorge Masseti quería hacerle un pequeño reportaje telefónico, y Ernesto accedió. Le pasé el auricular a Masseti y éste efectuó el reportaje.

No recuerdo muy bien, pero me parece que el reportaje era para el diario «Correo de la Tarde», y si no para «Radio el Mundo», donde trabajaba Masseti.

Una semana después llegó el avión a Buenos Aires.

El día de la partida recuerdo que estaba hablando con el comandante del avión porque yo veía que subían y subían valijas y bultos, y me acuerdo muy bien que entre los caballeros que viajaban a Cuba estaba Conte Aguero, quien pretendía hacerlo con toda una biblioteca encima. Entonces intervino el capitán de la aeronave, un cubano, y empezó la discusión.

Conte Aguero no quería saber nada, quería viajar con todos los libros, pero el capitán le obligó a dejar la mayoría.

Yo estaba viendo que todo el mundo llevaba cosas y más cosas, y entonces llamé al capitán aparte y le dije: «Yo voy con mi familia; ustedes no están acostumbrados a cruzar la cordillera de los Andes, y puede que... Allí hay que volar a más de siete mil metros. Y si ustedes siguen cargando el avión no vamos a pasar la cordillera». Entonces se sonrió y me dice: «Imagínese que yo también voy con ustedes y soy el primer interesado en no romperme la cabeza. No va a cargarse el avión ni un gramo más de lo permitido. Sólo en esas condiciones salimos».

HABLA EL PADRE DE ERNESTO GUEVARA

Iba Cella —mi mujer—, Celia chica —mi hija—, el novio de ella, que después fue su marido, Luis Rodríguez Arganaraz; iba Juan Martín, mi hijo menor. Y, además, una cantidad de agregados, porque yo creo que ahí iba de todo; en el último momento se metió en el avión todo el que tenía la oportunidad de viajar a Cuba.

La aeronave despegó y, tras el imponente espectáculo de cruzar los Andes, bajamos en Santiago de Chile. Allí nos recibieron periodistas, mucha gente, y conocí, entre otras personas, a una escritora que decía ser parienta nuestra, Matilde Ladrón de Guevara, que posteriormente viajó a Cuba y escribió más de un libro que refleja su amargura...

Bueno, el asunto es que seguimos viaje. Llegamos a Guayaquil, y me llamó la atención que el avión se demoró muchísimo tiempo en Ecuador. Recuerdo que yo salí del recinto donde nos tenían recluidos. Estaba con aire acondicionado, y fuera se sentía un calor de horno. Yo nunca había estado en Ecuador.

Recuerdo una fila de dieciséis parados, duros, sin hacer un gesto. Cada uno llevaba encima diez ponchos de lana. Eran verdaderos muestrarios vivientes, y estuvieron así como cuatro horas. Yo no comprendía cómo resistían tamaño calor, imperturbables bajo sus ponchos. Y como nadie compró ni uno —qué iban a comprar los pasajeros, si no tenían ni un cobre— se tuvieron que aguantar sin mosquearse.

Estuvimos demasiado tiempo allí. Posteriormente supe que el avión tenía mal el tren de aterrizaje y no lo habían podido arreglar totalmente.

Luis —el que después fue mi yerno— había escuchado toda la conversación del capitán y no había dicho ni una palabra. Como a las cuatro de la mañana salimos. Y me llamó la atención que no tocara Panamá, y no tocó Panamá porque, sencillamente, no podía bajar, y ya de aterrizar en malas condiciones, quería hacerlo directamente en el aeródromo de Rancho Boyeros.

Me acuerdo que iba una gran cantidad de gente discutiendo de política.

El que llevaba la batuta era un tal Reynoso, ex empleado de la Embajada argentina en La Habana, oportunista que después de sacarle ventaja a Cuba hoy está con el imperialismo. No sé cómo se las arregló, pero él era el que mandaba en el avión. Un poquito antes de llegar a Rancho Boyeros, la camarera anunció por el micrófono: «Dentro de quince minutos estamos aterrizando en Rancho Boyeros, pónganse los cinturones». Nos pusimos los cinturones y pasaron los quince minutos, y pasaron veinte, y pasaron treinta, y pasaron tres cuartos de hora y el avión seguía dando vueltas y vuel-

tas. Ya todos empezábamos a rarnos con caras un poco antipáticas, porque se comprendía algo andaba mal. Mientras tanto mi queridísimo yerno, que es santiaguense —los santiaguenses tienen fama de ser los individuos más cachachientos del mundo—, está de lo más tranquilo, sentado en el asiento sin decir una palabra. Perfectamente sabía lo que pasaba pero no lo comentaba.

Al final, después de muchas vueltas entre las nubes, vi un tico, y por ahí se tiró el avión, cuando tierra bastante bien.

Al descender la escalerilla, primero que me llamó la atención fueron cinco o seis barbudos que venían con sus fusiles y prendieron a uno de los pasajeros que venía en el avión y se lo llevaron para adentro. Estábamos en Cuba, todavía revolucionada. La palafusilamiento era muy común y seguramente obraba como una sesión sobre una muy buena parte de los pasajeros. De modo que cuando vieron llevarse preso a ese muchachón, inmediatamente surgió el comentario: «A éste lo van a fusilar». Era un muchacho que en Buenos Aires había estado en mi estudio, donde funcionaba el Comité 26 de Julio. Se trataba un presunto desertor del movimiento. Me acuerdo que el individuo estaba pálido como una hoja de papel. Supe después que la situación no fue demasiado grave, pero que lo largaron. Me alegré, pero yo mismo le había entusiasmado a regresar. Nos vinieron a recibir varios oficiales rebeldes nos llevaron prestamente a un terminal del aeropuerto, donde encontramos a Ernesto rodeado de varios soldados.

Hacia seis años que no lo veíamos. Mi mujer no aguantó y se puso a llorar mientras le abrazaba. Estaba muy delgado y una gran melena le caía en los hombros. Muy barbudo, vestía un sencillo traje de militar rebelde, llevaba su brazo izquierdo en cabestrillo sujeto por un pañuelo de ser negro. Nos confundimos en abrazos emocionados. Recuerdo que Ernesto especialmente palmeaba a Juan Martín, a quien él había conocido en Buenos Aires cuando éste tenía diez años y ahora aparentaba ser un hombre. Se llenó el recinto de fotógrafos y periodistas, y nosotros, esquivando los flashazos, partimos hacia el hotel que nos tenían destinado.

Esta es la primera parte de un relato que llegará. Lo demás... habría que tener la pluma de un gran escritor para poder describir con exactitud lo que en ese momento veíamos en Cuba.

Era un verdadero desborde de toda la población. La gente en las calles, y las calles llenas de banderitas. Se abrazaban, y también nos abrazaban a nuestro paso. Habíamos llegado un día después de Fidel a La Habana.

LA HABANA: UNA LECCION DE ALE- GRIA.

Nos llamaba la atención la comunidad establecida entre la soldadesca y el pueblo. Muchos de aquellos soldados eran de Oriente; vale decir que, con seguridad, no conocían la capital. Miraban con ojos de asombro las lujosas mansiones, los rascacielos, y se notaba que estaban un poco confundidos con el ajeteo de la ciudad.

Yo no conocía La Habana. Era mi primera visita. No podía compararla con La Habana de hacía un mes, pero poco a poco me iba penetrando con esa excitante alegría de un pueblo que soportó el yugo de una tiranía que sin piedad encarcelaba y asesinaba gente. De un pueblo que había vivido años bajo el peso de la delación, de la tortura, y ahora se veía libre y sabiendo que muchos de sus perseguidores ya estaban a buen recaudo y que seguramente serían juzgados. Recuerdo algo que me llamó mucho la atención: los soldados melencidos y barbudos, con aspecto sucio. Sus uniformes no eran «uniformes», sino al revés, bastante ropa variada. Eso sí, primaba el verde oliva y el cinturón. Algunos, tocados con boinas, otros con gorra militar, y algunos otros con chambergos aludos.

Muchos de ellos llevaban collares compuestos con las cosas más heterogéneas: caracoles, piedritas, dientes de perro y vírgenes. Esta confusión impactaba, y sólo un tiempo después pude asimilar todo lo que yo veía al sentido de una revolución organizada.

Cuando llegamos al hotel Hilton —hoy Libre— nos dieron un departamento muy lindo. Yo no quería aceptar algo con tanto lujo. Protesté porque, cuando entré a la habitación, en un letrero colgado

en la puerta se decía que costaba cincuenta dólares por persona y nosotros éramos cinco, y a mí no me alcanzaba el dinero ni para un día. «No, nosotros nos metemos en cualquier fonda, esto no puede ser; díganle a Fidel que nos dé un cuarto en cualquier boliche». Ernesto se reía mirándonos. «Si quieres se lo digo, pero, ¿sabes lo que va a hacer?, los va a alojar en otro hotel mejor». Y así fue: a los dos o tres días nos mandaron a otro hotel, el Comodoro, que era mucho más, pero mucho más paquetón que el Hilton. Un hotel rascacuero para americanos millonarios.

Recuerdo un pequeño incidente en el hotel Hilton. Yo bajaba en el ascensor con un matrimonio norteamericano. Era la hora de la comida. El venía con un «smoking» blanco, y ella muy vestida de fiesta, llena de lentejuelas y brillantes. Cuando se abre la primera puerta, la norteamericana inicia la salida; al abrirse la segunda puerta aparece un soldado acostado en el suelo, barbudo, con el fusil entre las piernas. No voy a olvidar nunca el salto que pegó para atrás la norteamericana. Ni su cara de susto. A la verdad, contrastaba la elegancia ciudadana con el hombre rústico de la selva.

El gran hall del hotel se había convertido en una verdadera colmena que algo tenía que ver con la torre de Babel. La más heterogénea muchedumbre circulaba hablando toda clase de idiomas. Soldados, oficiales, periodistas, comerciantes, todo un mundo de gente ansiosa por conocer esta nueva revolución que se iniciaba en América.

Yo estaba casi todos los días con Ernesto. Almorzábamos o comíamos juntos, con toda la familia.

UN SOLDADO DE AMERICA».

Muchas veces, en La Cabaña, donde él era el jefe militar, otras veces en el hotel, en nuestras habitaciones.

Ernesto, todo rato que tenía libre, nos iba a visitar, pero estos ratos eran muy escasos, porque estaba ocupadísimo. Pudimos, sin embargo, estar con él unas cuantas horas seguidas cuando resolvimos ir a conocer «La Comandancia», lugar en la sierra del Escambray donde él estuvo en los últimos meses de la lucha. En ese viaje pudimos conversar de tantas cosas relativas a este movimiento revolucionario que se iniciaba en Cuba. Tuve la oportunidad en los pocos días (veinticinco) de mi estancia en Cuba de conocer a la mayoría de los oficiales y soldados que le acompañaron en su campaña. Uno de los que me llamó más la atención, y con el cual hice rápida amistad, era el comandante Cienfuegos. Agil, nervioso, con una gran vivacidad, Camilo encontraba siempre la frase exacta y graciosa para calificar hechos o personas, hablaba siempre en tono jocoso y siempre tenía una broma a punto.

Muchos otros de los combatientes conocí en esa época, pero, desgraciadamente, mi estancia en Cuba fue demasiado breve.

Hoy, después de once años, he vuelto a tratar con muchos de ellos, y recién he podido captar en profundidad el inmenso valor de muchos de estos héroes: Joel Iglesias, Harry Villegas («Pombo»), Tamayito, Alarcón («Benigno»), Silva, Alberto Castellanos. Y he tenido también la oportunidad de tener buenos amigos, que lo fueron de Ernesto, como Manuel Manresa, Orlando Borrego, Eliseo de la Campa. Todos ellos tuvieron la suerte de convivir con Ernesto esos años en que yo, por la distancia, no pude hacerlo.

Viene a mi memoria un recuer-

do que hoy tiene vigencia por los acontecimientos posteriores. Cuando Ernesto partía desde Buenos Aires con rumbo a los países latinoamericanos, le fuimos a despedir muchos familiares y amigos a la estación Retiro del ferrocarril belgrano. Al arrancar el tren, antes de subir al estribo y caminando por el andén, vestido con un traje de campaña, revoleó sobre su cabeza un bolsón donde llevaba su ropa y gritó: «Aquí va un soldado de América».

Las personas que lo oyeron no comprendieron el sentido de la exclamación y lo tomaron como una de las tantas chanzas de Ernesto.

Yo me quedé pensando, y recién comencé a intuir el verdadero destino de su viaje. Esto era a mediados de julio del año 1953. Posteriormente, y conectando este hecho con lo que voy a contar, es que yo comprendo cabalmente cuál fue el profundo sentido revolucionario de su viaje para conocer a las clases oprimidas de América.

Estábamos en una pieza del hotel Hilton el 10 de enero de 1959. Yo hablé a solas con Ernesto, y entre otras cosas le pregunté qué pensaba hacer de «su» Medicina. El se me quedó mirando y me contestó así: «¿Mi Medicina? Te la regalo. Como vos tienes mi mismo nombre, ponés una plaquita en tu oficina y comenzas a matar sanos...». Se rió de la ocurrencia. Pero inmediatamente, muy serio, me explicó: «Yo ya no voy a ejercer más la Medicina. No sé cuándo ni en qué tierras voy a parar». Posteriormente he podido unir los dos episodios y comprender el porqué de su lucha en el territorio de Bolivia que tanto ha dado que hablar y que tan equivocadamente han interpretado algunos. La Historia tiene la palabra y aclarará muchas cosas.

La última noticia que tuve de Ernesto fue una carta escrita en la selva boliviana y que recibí un día de febrero de 1967:

Don Ernesto:

Entre el polvo que levantan los cascos de «Rocinante», con lanza en ristre para atravesar los brazos de los gigantes enemigos que me enfrentan, dejo este papilito con un mensaje casi telepático, conteniendo un abrazo para todos y el deseo ritual de un feliz Año Nuevo. Que la señorita, su hermana, cumpla los quince rodeada del calor familiar y se acuerde un poco de este galán ausente y sentimental, y que pueda verlos pronto (en un plazo menor que el transcurrido), son mis deseos concretos, y se los confío a una estrella fugaz que debe haber puesto un Rey Mago en mi camino.

Arrivederchi.

Si no te veo, piú...

De tu hijo.



Aquí, a Valle Grande, bajaron el cadáver del «Che» hace tres años. Después, aún los helicópteros seguirán transportando los cuerpos de otros guerrilleros.

